

LOS PUENTES DEL OLVIDO, LA COMPLICIDAD Y EL SILENCIO: CULTURA, VIOLENCIA Y CONFLICTO EN COLOMBIA

*Guillermo Alejandro D'abbraccio Krentzer*⁴²

Las interacciones y estrategias para seguir viviendo (sobreviviendo) en el día a día de los colombianos, reflejan una memoria colectiva compleja (conflictiva), es decir, una herencia social que nos permite a los ciudadanos de este país convivir con grupos armados de toda índole (narcos, paramilitares, guerrilleros y los representantes armados del Estado), en aras de seguir nuestras rutinas. Nuestros acervos de conocimiento (siguiendo a Clifford Geertz), se encuentran claramente articulados a la memoria colectiva, en la medida en que esta última permite mantener las imágenes del recuerdo, la de las guerras sufridas por nuestros antepasados o la de la infancia de nuestros ancianos ("La violencia" de los cincuenta), lo cual repercute en nuestras conductas actuales, acordes a la herencia social (cultural) legada por nuestros ancestros.

¿Cómo nombran los colombianos su historia, plagada de violencias, conflictos y negaciones de los "otros"? La memoria es la representación mental de un proceso social y cultural. De allí que un campo problemático al estudiar la cadena continua o discontinua de las guerras y la Violencia es el de cómo nombrar, periodizar y ordenar los eslabones de la cadena. El **carácter relacional y no esencialista** de los actores en un contexto de guerra (léase y entiéndase como carácter y **reflejo "cultural"** en tanto significaciones socialmente comprendidas por un colectivo heterogéneo como lo es el colombiano), constituye el eje de dichas nominaciones como, por ejemplo, "bandolero"⁴³, "delincuente", "bandido", "guerrillero", "terrorista", las cuales expresan ante todo relaciones de poder, que varían con el tiempo, funciones, escenarios y observadores.

NO NOS ENGAÑEMOS: LA GUERRA ES CONSTITUTIVA DE NUESTRA HISTORIA

¿Qué tipo de huellas marcan nuestra historia nacional? ¿Cómo nos las representamos y condicionan nuestro presente? ¿Cómo restituir los heterogéneos fragmentos en una memoria común? Todo ello nos llevaría a la imperiosa necesidad de emprender una arqueología de las guerras colombianas (parafraseando levemente a Foucault).

Para ello, configuraré cinco ejes analíticos para entender la compleja relación entre **memoria, cultura y violencia** en Colombia:

⁴² Profesor Asociado, adscrito al Departamento de Ciencias Humanas y a la Facultad de Administración de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales.

⁴³ El libro de Eric Hobsbawm de finales de los setenta destacaba en "Bandoleros, gamonales y campesinos" el caso colombiano.

1) La percepción de la repetición de la violencia, es decir, que la violencia para muchos colombianos se asume como una sola, vale decir, que se reitera en todos los tiempos y por lo tanto, siempre “hemos estado en guerra”;

2) Desde las voces de los ancianos colombianos, el recuerdo de la polarización liberal-conservadora, permitía “identificar” claramente al “otro”, ya sea liberal (rojo) o conservador (azul);

3) Tanto en la época de la polarización de los cincuenta (“godos azules” versus liberales “come-curas”), como en la guerra actual, existe un factor común: el *despojo de tierras*⁴⁴.

4) **Lucha de memorias**: de la historia oficial a la memoria campesina y guerrillera. La disputa de estas dos memorias contrapuestas, contribuye a dispersar las miradas de pobladores urbanos y rurales colombianos.

5) La ausencia de conmemoraciones como **cierre represivo de la memoria colectiva**. No hay monumentos, no hay fechas para exaltar en la comunidad. Los colombianos más ancianos han vivido, por ejemplo, la violencia entre godos y “come-curas”, pero al rememorar hechos de violencia, los más jóvenes acuden a los diversos ejercicios de la memoria que les han manifestado sus mayores, aunque no hubieran vivido en carne propia dichas masacres de hace décadas.

Un eje articulador de estos cinco aspectos anteriores es la percepción de la repetición de la violencia. Una lógica del sentido común es que la violencia ha sido la misma de siempre, vale decir, que Colombia ha tenido siempre una historia de violencia. De esta manera, las narrativas en las que se expresa esta memoria están basadas en la convicción de que la historia es repetitiva. Siguiendo a Gonzalo Sánchez (2003) y a Daniel Pécaut (2004), lo que ocurre ahora en Colombia sería “*lo mismo*” que sucedía en la Violencia de los años cincuenta, lo mismo del siglo XIX, lo de la Guerra de los Mil Días, en las guerras civiles del siglo XIX. En suma, la convicción de que siempre está presente la misma violencia.

Es evidente que no hay otra manera de hacer referencia a la violencia que contando la propia historia, lo que equivale a admitir que **la “violencia” sólo se puede narrar** a través de una infinidad de historias que no constituyen un conjunto, la cual, a su vez, también es evocada en nombre de una trama que no es otra cosa que toda la historia colombiana: se supone que la violencia es la misma que está presente a todo lo largo de los siglos XIX y XX. Cuando se expresa aquí que las diversas dinámicas de violencia interfieren entre sí, así como que las dinámicas de la violencia se “regionalizaron” a lo largo del siglo XX, entonces se tendría que analizar por qué se dan estas “percepciones”, lo cual analizaré a continuación.

⁴⁴ Vale recordar aquí los 2 millones de campesinos a quienes se le despojaron millones de hectáreas a lo largo y ancho del país, en las dos últimas décadas por los paras y narcos especialmente. Una deuda social que ninguna “marcha” masiva (como las de “Facebook”) ha salido a reivindicar, con tantos bombos y platillos, a través de los medios masivos de comunicación. ¿Acaso no se trataría de una sociedad ciega, sorda y muda la que “evade” marchar por los “invisibles” desplazados? A pesar de ello, la marcha del 6 de marzo de 2008 reivindicó (aún con minorías estigmatizadas y señaladas por el régimen político) a los torturados, desplazados, desaparecidos, etc.

Un estudioso de la violencia colombiana, Daniel Pécaut (2004), ha hecho referencia a la “memoria mítica”, por estar construida como la repetición permanente de lo mismo y por estar basada en la percepción de una contraposición entre fuerzas impersonales. El episodio de “La Violencia” de los años cincuenta constituye casi siempre el telón de fondo de las memorias individuales y colectivas. Más de medio siglo después, numerosos son los colombianos que lo evocan como si estuviera el origen de todo lo que les ha ocurrido después⁴⁵. La Violencia constituye un pasado que nunca ha logrado llegar a ser efectivamente un pasado. Muchas razones han contribuido para que se produzca esta situación:

a) La Violencia de los cincuenta, como la guerra actual, es un fenómeno que no se deja fácilmente reducir a un conflicto entre dos campos. Esta es una idea fuerte, una perspectiva que “hace ruido”, pues no se trata de una polarización a secas, sino una multiplicidad de actores, discursos, lógicas, miradas, etc. Sin embargo, desde el comienzo la oposición “formal” o aparente se configuró entre los dos partidos tradicionales (o se era liberal o se era conservador), o entre adscripciones religiosas (se era católico apostólico romano u “opositor-radical-ateo” ergo libera), lo cual definió (¿y sigue definiendo?), sin duda, **un criterio “amigo-enemigo”** de validez general; no obstante que otras dimensiones (como el narcotráfico) entraron hacia 1980 rápidamente en el juego político-social. De ahí que los actores en conflicto se multiplicaron, ramificándose indefinidamente las confrontaciones de acuerdo con los lugares donde se manifiesta.

b) De enfrentamiento ideológico de conjunto, provocado y dirigido por las élites, se transformó en seguidilla de masacres contra los semejantes, los vecinos. La venganza, el miedo, el apoderamiento de terrenos y casas ajenas, tienen un lugar importante en el recuerdo de los colombianos. La yuxtaposición de relatos fragmentarios -cito nuevamente a Pécaut (2003: 56)-, de donde no emerge ningún metarrelato, toma el lugar de relato global. Ninguna posición de conjunto es posible. Sólo hay puntos de vista dispersos. En estas condiciones no fue posible (ni lo es aún) construir un relato histórico:

“La Violencia es una guerra civil sin batallas, sin momentos cruciales, sin héroes militares, con figuras de resistentes que son eliminados posteriormente con mucha frecuencia o juzgados como colaboradores del bandolerismo” (Pécaut: 2003: 58).

c) Finalmente, la particularidad de este “origen” consiste en que se resbala a los intentos de ubicarlo temporalmente, pues “La Violencia” es percibida por muchos como un fenómeno que nunca tuvo un final. Al mismo tiempo, brillantemente el mismo Pécaut nos recuerda que la Violencia no tuvo tampoco un comienzo: toda la historia de Colombia sería la historia de la violencia, desde las guerras civiles del siglo XIX hasta los movimientos campesinos del siglo XX. La carencia de una representación compartida de la Violencia, logra borrar de esta manera su

⁴⁵ Invito a “leer” a Pécaut: “La razón de ello no se encuentra solamente en los sufrimientos extremos que produjo dicha violencia. Al balance de 200.000 muertos que produjo, a los desplazamientos y reagrupamientos forzados que provocó, habría que agregar la experiencia de atrocidades inenarrables y una “brutalización de las costumbres” que ha quebrantado todos los referentes éticos. Si bien otras sociedades han conocido, sobre todo en momentos de guerra, este tipo de conmoción profunda, han logrado sin embargo integrar los progresivamente en su historia” (Pécaut: 2003: 121).

carácter de episodio situado en una coyuntura específica (Pécaut: 2003: 123). Bajo el aspecto de una historia repetitiva, ésta pierde su carácter concreto. Lo que se trasluce de hecho es una conceptualización implícita de la historia colombiana, según la cual el desorden, la injusticia, la impotencia, la violencia, lejos de ser las consecuencias de acontecimientos, existen con anterioridad a ellos y comandan su desarrollo.

Derivado de lo anterior, la memoria también se asume como “mítica”, pues la atemporalidad de ésta se manifiesta por la confusión del tiempo. De la misma manera los pobladores relacionan con mucha frecuencia los hechos del pasado con los hechos actuales. La yuxtaposición de los tiempos subtiende la visión de la continuidad. Esta memoria en perpetua mutación conserva al mismo tiempo contenidos invariables. Más que memoria de los acontecimientos es, en efecto, memoria de los sufrimientos y de las atrocidades y éstas parecen idénticas de una fase a otra. Los desplazamientos forzados y los cuerpos mutilados se reproducen sin cesar aunque, ciertamente, cambian los contextos y la escenificación.

Actualmente, la mutilación de los cuerpos opera en un contexto de secularización y de enfrentamiento “prosaico”. Sin embargo, el mismo fenómeno de “brutalización” de los cincuenta está en juego, estableciendo una continuidad que se vuelve a encontrar en la memoria⁴⁶. Esta memoria es ante todo campesina pero se ha difundido mucho más allá de este marco y sigue siendo el sustrato de una gran parte de la memoria popular que prolonga la concepción de una separación entre “nosotros” y “ellos”.

Con el ánimo de observar los puentes conductores entre un periodo delimitable de guerra (la violencia liberal-conservadora 1948-1958) y la otra (emergencia de las guerrillas y otros actores 1964-2007), reseñaré brevemente la historia de violencia desde la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad. De 1958 a 1978 se alternaron los dos partidos tradicionales en el llamado “Frente Nacional”. De esa época data el surgimiento de las cinco guerrillas más conocidas de la historia colombiana, siendo el M-19 y las Farc las más referenciadas. Su presencia y los métodos de extorsión y ataques permanentes a las élites ganaderas y agro industriales del departamento, fue provocando un “caldo de cultivo” para la agresiva constitución de grupos paramilitares que emergen en los ochenta en alianza con el narcotráfico.

La clara identificación del otro: “Godos” azules versus rojos “come curas” en los años cincuenta, nos lleva en retroceso a ese 9 de abril de 1948, cuando fue asesinado el caudillo Jorge Eliécer Gaitán, magnicidio que llevó al **desborde social e institucional del país**, una guerra civil sin límites de consideración con el “otro”, conocida en la historia colombiana como “La Violencia”, la cual duró de 1948 a 1958, una década de fuerte polarización.

⁴⁶ Los “tradicionales” cortes corporales a los sujetos asesinados como el “corte de franela” (estiramiento y corte de la lengua como señal de tortura) y la “práctica social guerrera” de extraer las tripas de los muertos para que “no floten en los ríos” cuando se los lanza a éstos, son estrategias atroces de los años cincuenta que todavía se conservan en las violencias actuales, especialmente el macabro uso de motosierras por los paramilitares (los nuevos, como las “Águilas negras” aunque voces oficialistas nos quieran hacer creer que “los paras son asunto del pasado”).

En el contexto político y social de mediados del siglo XX, todas las familias colombianas se identificaban con uno de los dos partidos tradicionales, marcando a “fuego” las relaciones sociales. Se era conservador o se era liberal⁴⁷. No había grises⁴⁸. No solamente se polarizó el país, sino que se fraccionó el mundo social de sus habitantes en toda la primera mitad del siglo veinte, inclusive hasta principios de los años sesenta.

Dicho fraccionamiento se observaba en todos los ámbitos de la vida social. En los textos escolares, debido a que el partido gobernante era el Conservador, se eliminó toda referencia a libertad de cultos religiosos, se acabó la independencia Estado e Iglesia, se impusieron asignaturas de “Educación religiosa” y “Cívica y valores”, manuales de convivencia, etcétera. El famoso **“Manual de Carreño”** fue un texto de la “moralidad” que tuvieron que padecer por lo menos dos generaciones de colombianos, y afortunadamente fue sacado de circulación en los ámbitos escolares.

Las fuerzas sociales se disputaron la memoria colectiva. Los conservadores configuraron una “historia oficial”, en la que se denigraba de todo aquel que no fuera conservador, católico, casado, bautizado, fiel asistente a las parroquias, etcétera.

La Iglesia Católica, en alianza con el Partido Conservador⁴⁹, prohibió que se sepultara a suicidas, prostitutas, liberales y comunistas confesos. Como rápida respuesta, y a modo de interesante ejemplo (y hasta apasionante, no cabe duda), liberales y comunistas construyeron, en un pequeño municipio cafetero del Departamento de Quindío, un cementerio especial para ateos, liberales, comunistas, suicidas, madres solteras, consumidores de drogas, dementes, epilépticos, prostitutas, mujeres que fallecieron tras practicarse abortos⁵⁰, así como los escasos poetas, pintores y músicos underground de los años cincuenta⁵¹, es decir, todos los “anormales” (Foucault) y “excluidos” de la “bendición divina”. Dicho cementerio, ubicado en Circasia (Quindío), todavía se encuentra en actividad como reflejo de un fragmento de nuestra historia. En dichos años, en ese cementerio (por iniciativa de sus creadores) se prohibían las misas, cualquier ceremonia religiosa, y austeridad en las ornamentaciones que adornaban las tumbas. Pero como las persecuciones religiosas aparentemente son cosa del pasado, actualmente en dicho cementerio “alternativo” son sepultados un promedio de sólo treinta personas por año, y es mantenido por diversos intelectuales y donaciones de los

⁴⁷ Esta polarización deviene del siglo XIX, en la época en que se constituyó la República de Colombia y en la que se formaron los dos partidos tradicionales colombianos, cuyas tendencias (liberal y conservadora), también se reproducían en todo el continente americano, como símbolo histórico-político de las formaciones nacionales latinoamericanas.

⁴⁸ Por algunas posturas ideológicas compartidas, la izquierda colombiana en ese periodo estuvo más cerca al Partido Liberal que al Conservador.

⁴⁹ Para muchos, en esos diez años, el verdadero gobierno era la Iglesia Católica Apostólica Colombiana.

⁵⁰ En esa época, una mujer que abortaba era asimilada a una hereje. Recién en el año 2006, se promovió el aborto asistido clínicamente, semejante a la Ley promovida hace pocos meses en el D.F. Ciudad de México.

⁵¹ Aunque pocos, afortunadamente sobrevivían estos artistas, que abrieron camino en esa Colombia limitada en un nacionalismo y catolicismo dogmático.

dolientes de algunas figuras del liberalismo y el comunismo que fueron sepultadas ahí entre 1948 a 1958, en clara señal de resistencia.

La apelación a la memoria es un recurso político, una herramienta en la construcción de identidades colectivas, sean étnicas, religiosas, políticas, nacionales o de otro tipo. Al respecto, Le Goff (1991: 134) señala que:

“la memoria colectiva ha constituido un hito importante en la lucha por el poder conducida por las fuerzas sociales. Apoderarse de la memoria y del olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas”.

El recuerdo macabro de los colombianos más viejos se encuentra en los años 50, los guerreros de uno u otro bando le cortaban la cabeza al enemigo con el clásico “corte franela”, que rozaba el cuello de la camiseta de franela usada por los campesinos. Primero caían las cabezas al río. Después se arrojaban al agua los troncos salpicados de sangre. A los abusos y torturas del ejército se sumaron los de los **chulavitas**, así como equipos de civiles conocidos como los “**aplanchadores**” en la región de Antioquia, y los “**pájaros**” (llamados así porque solían actuar y desaparecer rápidamente), en el centro del departamento del Valle, cercano a Cali. Las élites agroindustriales financiaron a grupos armados privados, ofreciendo la “facilidad de crear un cuerpo de vigilancia de sus respectivas propiedades” (Piccoli: 2004: 29). Aquellos grupos, que deberían haberse limitado a combatir el robo de ganado y a desarrollar tareas de vigilancia, se dedicaron realmente al exterminio sistemático de los liberales (¿acaso no es el mismo caso de los “paras” en los ochenta, noventa y ahora?).

Los ancianos colombianos son seres “privilegiados” que nos pueden otorgar voces y sendos relatos de la memoria de las violencias regionales. Narraciones de sus infancias y adolescencias, es decir, en los años cincuenta, la denominada época de “La Violencia”, en la que se enfrentaron los partidos liberal y conservador en una lucha que no sólo fraccionó departamentos, sino las mismas veredas, corregimientos y municipios. Para llevar a cabo su acción sistemática de represión, el conservadurismo (oficialista en esa época), dirigió sus aparatos represivos estatales –como la tenebrosa “policía chulavita” procedente de una región boyacense– complementada con la acción de organizaciones paramilitares, como los “pájaros” en el Valle y Caldas, los “aplanchadores” en Antioquia y los “penca ancha” en las sabanas de Sucre (Costa Atlántica), cuyas víctimas habían de costar centenares de miles de muertos (Sánchez: 2002: 125).

En los años cincuenta, los “pájaros” fueron utilizados para eliminar o convertir por la fuerza a los liberales más radicales, a los comunistas, protestantes y masones, dentro de una especie de **crusada** contra las “fuerzas del mal”. Según Piccoli (2003: 77), el relato de “El Vampiro”, uno de los jefes más sanguinarios de la Cordillera Occidental, es elocuente y lo dice todo:

“todos colaboraban sin saber muy bien por qué. Yo llegaba a una cantina o a una vereda y decía hay que ir a tal parte a hacer tal “trabajito” y enseguida salían cinco o diez paisanos que se ofrecían”. Piccoli (2003: 77).

Muchos latifundistas aprovecharon la ocasión para ajustar cuentas pendientes con los campesinos que habían ocupado sus tierras en las décadas anteriores (igual que los años ochenta, en la que los ganaderos se apropiaron de tierras y ampliaron sus “fronteras de bienes raíces”). Con el paso del tiempo, los “pájaros” comenzaron a actuar también en las ciudades más importantes, convirtiéndose en verdaderos **mercenarios del crimen** al servicio de las autoridades gubernamentales y de los dirigentes del Partido Conservador. Los homicidios eran acompañados a menudo de la mutilación de las víctimas.

Un fenómeno en común de las guerras de antes y la de ahora: el despojo de tierras. En la época de “La Violencia”, mediante el terror sistemático se inducía a comunidades enteras a abandonar sus tierras, o por lo menos a venderlas a cualquier precio. El ejemplo del Valle del Cauca es pertinente de señalar aquí. Entre 1948 y 1953, casi 400.000 familias vallecaucanas de afiliación liberal fueron obligadas a huir a la periferia de las ciudades e internarse en los territorios más inhóspitos del país, como los Llanos Orientales o las selvas amazónicas. Muchos de los 200.000 terrenos que cambiaron de propiedad en el Valle del Cauca acabaron en manos de las empresas agrícolas, sobre todo las dedicadas al algodón y el azúcar. Esos eran, y lo siguen siendo, los efectos visibles de terror en los campos: el despojo de tierras y bienes, tras el asesinato de los dueños o la utilización de amenazas que obligaban a la venta forzosa, la apropiación de cosechas y semovientes, el incendio de casas, trapiches y beneficiaderos, la destrucción de sembradíos, la coacción física sobre trabajadores rurales descontentos, las migraciones masivas a las ciudades o el desplazamiento de campesinos a otras zonas de su misma filiación partidista, hasta llegar a homogeneizar políticamente veredas y regiones, y, en últimas, lograr el enrolamiento en un grupo armado de resistencia, constituido muchas veces por miembros de una misma familia.

La violencia estatal y paraestatal (paramilitar) se encuentra articulada a la impunidad del terrorismo de Estado (presente en la represión conservadora en los cincuenta, que provocó la formación de guerrillas campesinas en los sesentas). Se evidencia entonces una continuidad, no sólo en la impunidad que acompaña la represión estatal, sino también en los mecanismos del terror producido por éste. El fenómeno del desplazamiento de dos millones de colombianos, ha recibido una enorme atención e interés de organismos internacionales como la ACNUR⁵² y la OIM⁵³, así como Organizaciones de Derechos Humanos.

Siendo la memoria una práctica social, no es posible pensar en una única memoria, sino más bien en memorias en plural. Memorias que son sostenidas por distintas prácticas sociales, configuradas por diversos grupos. Justamente, al *hacer memoria*, lo que se realiza al tiempo, es la conformación de una **identidad grupal**, es decir, de un grupo propiamente tal. El tema es que algunas de ellas cobrarán mayor visibilidad –como es el caso de las historias oficiales- y otras serán más bien soterradas, marginadas, pero no por ello disueltas y apagadas (es decir, identidades “oficializadas” ergo, “visibles”, versus identidades “marginalizadas” ergo “bandoleras”, “chusmas” y, contemporáneamente, “terroristas”).

52 Organización de la ONU que se dedica al apoyo y solidaridad con los refugiados

53 Organización Internacional de Migraciones.

Así, a lo que nos enfrentamos directamente cuando hablamos de memoria, es a un *campo de conflicto entre memorias*, donde cada una de ellas se articula desde su verdad, discutiendo los olvidos y las manipulaciones que desde los otros se sostiene. El ejercicio de “conservación” del pasado no son meramente formas simbólicas encaminadas a la construcción de la identidad y la nación, sino ejercicios políticos deliberadamente desarrollados y con intereses claramente definidos.

Como bien señaló Halbwachs, la memoria individual es una elaboración colectiva que remite a “cuadros sociales” cuyo fundamento se encuentra en la familia y en grupos sociales y por esta vía en la memoria de estos grupos. La Violencia, tanto como la guerra actual, significan una amplia ruptura de los vínculos y una transformación de los actores sociales preexistentes. Que la memoria revista el doble aspecto de una memoria fragmentaria inmediata y de una memoria mítica y atemporal no debería, pues, asombrar: es ante todo una consecuencia de que ella sólo se apoya parcialmente en las colectividades y de que los individuos sólo logran darle un sentido parcial.

Los fenómenos de violencia, tanto los de los cincuenta o los de la fase reciente (1984 hacia acá), no han dado lugar a un relato histórico ampliamente reconocido que puede servir de soporte al trabajo de la memoria. Por el contrario -ha señalado Pécaut (2003: 79)- incluso se ha producido un corto circuito entre relato histórico y memoria. Lo que parece como relato histórico reproduce relatos de memoria más o menos elaborados y pretende encontrar en ellos la prueba de su autenticidad. Recíprocamente, las memorias se modelan sobre los lugares comunes que subtienden el relato histórico, recogiendo fragmentos y tratando de integrarlos.

En ese ejercicio de pensar la relación memoria y conflicto armado, consideramos que los “odios heredados” cumplen un papel fundamental, pues son encadenantes de nuestras guerras. Las guerras y conflictos no son más que una de las manifestaciones más protuberantes de la crisis prolongada de la sociedad colombiana, como bien afirman Gonzalo Sánchez y Daniel Pécaut, lo cual refleja relaciones muy complejas, alusivas, en primer lugar a los procesos de construcción de identidad, es decir, a las representaciones que los pobladores se hacen del conflicto y sobre todo, de ellos mismos como región y como un fragmento de nación; en segundo lugar, a la pluralidad de relatos, trayectorias y proyectos que se tejen en relaciones de poder que afirman, suprimen o subordinan a determinados actores. Lo anterior se debe a que la memoria es, en sentido profundo, una forma de resistencia a la muerte, a la desaparición de la propia identidad.

En el derrotero histórico colombiano las ruinas de las diferentes guerras siguen presentes, se convive con ellas, sencillamente porque las guerras no han terminado y “el pasado no ha pasado”. Una serie de manifestaciones supremamente heterogéneas nos han legado las violencias de estos dos últimos siglos (XIX y XX): luchas partidistas, luchas por la apropiación de la tierra (con rasgos diferentes de acuerdo a las regiones, según se trate de regiones de colonización o donde coexisten latifundios y minifundios, etc.), desplazamientos masivos de población, bandolerismo social y político, auto-defensa campesina.

Al respecto, es interesante observar el título del último libro del profesor francés y experto "colombianista" Daniel Pécaut: "*Memoria imposible, historia imposible, olvido imposible*". Se trata, pues, de una triple imposibilidad la que resalta Pécaut en el contexto de la guerra que hace estragos en este momento: la imposibilidad de la memoria, la imposibilidad del olvido y la imposibilidad de la historia. Para hacerlo, se sitúa Pécaut en tres planos de análisis: la experiencia inmediata de la violencia, las memorias que se movilizan para tratar de dar cuenta de ella, el relato histórico que pretende reconstruir la genealogía del conflicto interno. La confusión entre estos tres planos pone de manifiesto, desde su mirada, la especificidad de los efectos del conflicto. La memoria partidista de "La Violencia" tiende a borrarse en los últimos tiempos, pero la memoria de la Violencia no se ha disuelto.

La memoria no es una propiedad íntima y privada, sino una acción y *práctica social*, siendo uno de sus efectos la diversidad en el cómo recordamos. No por casualidad, los habitantes de las veredas rurales que se disputan paramilitares y guerrilleros, empiezan la narración de sus desgracias relatando: "ese día, ellos llegaron y mataron". La discontinuidad temporal se impone como categoría central de la experiencia: de un momento a otro, el acontecimiento cambia el universo social de las personas afectadas; aquí se destaca el olvido sobre la memoria, ya que cada acontecimiento nuevo va desplazando el anterior.

Pero en esta Colombia paradójica no encontramos conmemoraciones, expresiones públicas de repudio a la violencia ni señalamientos de culpabilidad, salvo las que se manifiestan en contra del secuestro (por ende, de la guerrilla). ¿Tal vez pueda ser el silencio respecto a las violaciones de Derechos Humanos de narcos, paramilitares y el propio Estado, una estrategia "cortina de humo" de pobladores que miran "para otro lado"? Si para el sentido común el silencio es una expresión directa del olvido, se puede intentar el ejercicio (inverso) de pensar al silencio como forma de expresar lo que se recuerda y lo que se desea olvidar. O a la misma complicidad, como un reflejo de nuestras **dinámicas culturales** muy propias de la **negación de la alteridad**.

De ese modo, es posible considerar -en forma extrema- al silencio como una configuración de la memoria, es una acción que prefiere no pronunciar palabra acerca de lo 'ya acontecido'. Se sabe, se conoce, se recuerda, pero no se expresa, porque la guerra no ha terminado, porque el pasado no ha pasado y se tiene en el remanso de los hogares hijos y nietos que mantener a salvo. Un terapéutico olvido, no una cobardía que se esconde en el silencio. Esa podría ser "otra forma" de ver las cosas. Un sepulcral silencio, pragmatismo para seguir viviendo.

En situaciones de violencia organizada los sobrevivientes con frecuencia no han podido ni siquiera pronunciar los nombres de los familiares, hablar sobre las circunstancias de su muerte o desaparición, ni mucho menos señalar los culpables e iniciar procesos tendientes a esclarecer el paradero de los que han desaparecido. Por lo anterior, los rituales para conmemorar eventos, o son reprimidos o nunca se llevan a cabo, sencillamente porque la guerra no ha terminado (y el pasado no ha pasado) y por lo tanto, se enfatiza más en seguir viviendo que en recordar. Victimarios y víctimas siguen conviviendo y los significados y preguntas sobre la guerra no se llevan a cabo, ya sea por temor, indiferencia o un terapéutico olvido.

La memoria no se interesa tanto por el acontecimiento sino por las huellas de la experiencia vivida, su interpretación, su sentido o su marca a través del tiempo. De ahí que el interés por comprender la guerra colombiana, conlleve a preguntarse más por las guerras que en el proceso de continuidad y ruptura. Tal vez entonces es pertinente insistir-como bien afirman Pécaut y Sánchez-, más que en las dicotomías, en las intersecciones de la guerra y la política (agregaría por mi parte que también se interfecta la cultura como expresión social). Pero esto no debe impedir reconocer igualmente que la cronicidad de **nuestra violencia**, especialmente bajo su expresión bélica, es excepcional en el contexto latinoamericano⁵⁴, y que **produce**, aparte de los obvios efectos económicos y políticos, **impactos culturales** en una doble dirección: primero, remitiendo, quiérase o no, a la idea de una "cultura de la violencia", no necesariamente en el sentido de una naturaleza violenta del hombre colombiano sino al menos de una tendencia históricamente identificable y recurrente de la guerra. Por lo tanto, diversos analistas consideran que la presencia histórica de la guerra tiene vínculos determinantes con la construcción de nuestro imaginario de nación.

El historiador Gonzalo Sánchez considera que la cronicidad de dicha violencia remite, también paradójicamente, a otra dirección: una cultura del consenso, pues a toda guerra le continuó una amnistía y a toda amnistía le siguió una guerra, lo que a la larga ha llevado a la idea de que todo es negociable, todo el tiempo⁵⁵. Las élites dirigentes colombianas han hecho como si las guerras o conflictos no hubieran existido⁵⁶, pues en aras de la reconstrucción de la unidad social y política de la nación, las amnistías han sido una forma de perpetuarlas, de negarse a resolverlas. Según un estudio reciente, en el siglo XIX se produjeron en Colombia, por parte tanto de gobiernos democráticos como de regímenes autoritarios, 17 amnistías y otras 9 en el siglo XX, inscritas, no tanto en una intención reparadora sino en cálculos estratégicos de los vencedores. Al respecto nos señala Sánchez:

"Esta propensión al pactismo y el perdón no es asunto exclusivo de la sociedad y el Estado acosados de hoy. Como parte de la recomposición política después de las guerras, en el siglo XIX, se ha señalado, hubo numerosas amnistías (perdón al delito) e indultos (perdón a la pena), no sólo a nivel nacional, sino también con radios de acción muy limitados, en el ámbito regional o local; a veces sobre el conjunto de un ejército rebelde, y otras con exclusión de los jefes; a veces por delitos específicos, y en otras con generosidad extrema, como fue la de 1880, en la que representantes del poder constituido y de los rebeldes se conceden amnistía mutua, en una especie de versión laica del perdón en la católica Colombia del siglo XIX" (Sánchez, 2003: 34).

⁵⁴ Al respecto, ver: Gonzalo Sánchez (1993). "Los días de la revolución, Gaitanismo y 9 de abril en provincia". Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán. Bogotá; Aguilera, Mario y Sánchez, Gonzalo (2001), Memoria de un país en guerra: los mil días 1899 - 1902, Bogotá, Planeta/Iepri/Unijus, 2001, pp. 329-366.

⁵⁵ Ver al respecto el artículo del profesor Mario Aguilera, "Amnistías e indultos, siglos XIX y XX", en Revista Credencial Historia, No. 137, mayo 2001, pp. 8-13; y en: Jorge Orlando Melo, *Ibid*, pp. 14-15.

⁵⁶ No falta aún el colombiano que responda preguntando ¿Cuál guerra? o "la guerra es en tal región" cuando se le interroga sobre su realidad nacional (como si la guerra solamente fuera regional y no nacional). Aunque cartográficamente esto puede ser así, dicha omisión al conflicto (propio de voces oficialistas, áulicos, lambones y seguidores de sectas) puede orientarnos acerca de la fragmentación de la construcción de lo nacional o colombianidad.

Ahí podemos encontrar, tal vez, la razón del pesimismo evidenciado en las memorias colectivas de los pobladores, pues las guerras han sido inconclusas y por ello sus memorias son circulares, es decir, que las guerras finalizan tras acuerdos de Paz coyunturales, pero no se resuelven y por eso un tiempo después se reinician con otras motivaciones y características. Al respecto es pertinente traer a colación nuevamente a Gonzalo Sánchez:

“Las guerras se terminan pero no se resuelven. *Los antiguos combatientes, con la conciencia de haberse enfrentado por una causa perdida, sobreviven a la espera de la próxima guerra*⁵⁷. Basta recordar que en el siglo XIX, salvo en un caso, todas las guerras las pierden los rebeldes, hecho que consagró literariamente García Márquez en Cien Años de Soledad, atribuyéndole a su protagonista, el coronel Aureliano Buendía, el haber participado en 32 guerras civiles y haberlas perdido todas” (Sánchez: 2003: 55).

Para Sánchez entonces ningún conflicto se “resolvió” o fue “cerrado” (Sánchez: 2006: 55):

“Si aceptamos, con Lewis Coser, que hay que diferenciar los conflictos que terminan, de los conflictos que se resuelven, deberíamos concluir que no hay en nuestro turbulento pasado guerras resolutorias. La guerra de los mil días primero termina catastróficamente con la usurpación de Panamá y la Violencia de los 50 terminaría luego con un Frente Nacional percibido como pacto de élites, en tanto dejó por fuera a quienes pagaron los costos de la guerra: los campesinos”.

Nuestras memorias están rotas, pues son el producto de nuestra propia inestabilidad. La propia “**rutinización del conflicto**”, hace que el colombiano común pierda el sentido de la sorpresa y del asombro, quitándole así fuerza a la escasa acción colectiva que queda. Como ha señalado Jean Michel Blanquer (Cfr Sánchez: 2003: 61), lo que caracteriza el momento actual de la guerra en Colombia no es el equilibrio de las fuerzas sino la indefinición:

“el olvido es una manifestación o reafirmación del poder que lo decreta, sea en forma unilateral, como ocurrió en los años 50, sea en forma relativamente consensuada, como en los 90, pero siempre a nombre de una legitimidad de la cual el poder se reclama depositario incontestado. El olvido y el perdón no son, pues, sobre el poder, sino sobre los rebeldes⁵⁸. Lo que lo malogra es que ese olvido no tiene costos para el poder, pues queda exento de ese otro ejercicio de memoria que es el reconocimiento, entendido como aceptación del sentido de sus demandas, así sean controvertibles, o no realizables con los procedimientos invocados⁵⁹.”

⁵⁷ El subrayado (cursiva) es mío.

⁵⁸ Ver al respecto dos libros que retoman esos procesos inconclusos y no cerrados de la reparación y justicia. Varios autores (1998) “*Duelo, memoria, reparación*”, Bogotá, Fundación Manuel Cepeda Vargas; y Sánchez, Gonzalo (1989) “*La Violencia: De Rojas al Frente Nacional*” en Nueva Historia de Colombia, Tomo II, Bogotá, Planeta, pp.172-173.

Debido a que la memoria ha sido vivida como un problema recurrente en la historia de Colombia, es que ha sido escasamente tematizada. Retornando a Gonzalo Sánchez (2006: 89)

“La omnipresencia, real o imaginaria, de la guerra en el devenir nacional, nos ha hecho vivir en una especie de presente perpetuo, donde poco o nada cambia. ¿Cómo acumular entonces el recuerdo, hacer memoria, en una historia inmóvil, en un continuum de la guerra? Segundo, y aunque parezca paradójico, la guerra hace vivir el presente de manera tan aplastante, que aparecería como si todos los tiempos se juntaran en el instante que vivimos. Tercero, el periodo de la Violencia en particular, atravesó de una manera tan crucial todas las instituciones, y las vidas de todos los individuos, que la responsabilidad histórica es más difícil de definir que en cualquier otra experiencia latinoamericana sin alimentar el recrudescimiento de las heridas. Y tal vez, porque con lo que vemos hoy ya ha dejado de ser excepcional, el carácter envolvente del presente y la pérdida del sentido de sucesión parecen ser rasgos distintos de nuestras representaciones de la política”.

Las guerras civiles colombianas serían, desde esta perspectiva, guerras inconclusas, en tanto, con frecuencia, una motiva la siguiente, haciendo de la paz, en sentido estricto, una simple suspensión temporal de las hostilidades.

El conflicto armado actúa sobre la concepción del tiempo de sus pobladores, puesto que el pasado se convierte -dialécticamente- en la perturbación del presente (Halbwachs 1925). Las violencias circulantes quedan depositadas en la memoria colectiva e instaladas profunda pero perversamente en las relaciones y en la cotidianeidad social y personal, es decir, en el vínculo social municipal.

Con el arribo de los paramilitares AUC en los años ochenta, de la mano y silencio cómplice del propio Estado y fuerzas militares, así como patrocinio y financiamiento ganadero, se empieza a mencionar la palabra “masacre” para incorporarla al lenguaje diario de las violencias. Las masacres constituyeron una “marca registrada” de la barbarie paramilitar, dirigida a golpear a la base social de las guerrillas, a sus simpatizantes o, en forma extrema, hasta al que fuera neutral, es decir, quien no apoyara al gobierno y rechazara a la guerrilla y movimientos sociales.

⁵⁹ Ciertamente el ya clásico libro “La Violencia en Colombia”, producto de la “Comisión Investigadora de las Causas de la violencia” de los años cincuenta, fue el primer registro que le reveló a los colombianos las dimensiones y formas del horror que acababan de transitar, pero sin que generara las consecuencias políticas que hubiera debido, dado el interés de las fuerzas hegemónicas y la tradición nacional por el olvido (sugiero al voyeur seducido ir a “Estado del arte de la investigación sobre el conflicto armado colombiano” en la sección anexos). Los ineficaces y frágiles tribunales de conciliación y equidad, que actuaban todavía bajo la presión de la Violencia inconclusa, y en una desventajosa relación de poder, dejaban a merced de los beneficiarios materiales de las violaciones o el usufructo, la discrecionalidad de la reparación económica que se proponían. Enfatiza Sánchez que el acento del debate se puso en Colombia, a diferencia de otros contextos, en torno a la reparación material de las víctimas. Lo demás quedaría en el ámbito de lo irreparable (Sánchez: 2003: 100). Efectivamente, a los familiares de las víctimas se les ha reparado durante décadas con **migajas de tierras y cheques**. Pero, décadas después, en las zonas de reparación se vuelven a violar los Derechos Humanos, así como se siguen saqueando tierras, violando mujeres y desplazando familias enteras. Sólo que la siguiente vez lo sufren más los hijos y posteriormente los nietos.



Bajo esta modalidad de muerte violenta (masacre), crecieron sensiblemente las cifras de la violencia en el país. Aun cuando un número exacto de masacres es un dato muy difícil de obtener, un estudio -sin duda el más completo al respecto- reporta una cifra de 1.228 masacres entre el 1° de enero de 1980 y el 31 de diciembre de 1993 (Uribe y Vásquez: 1995: 88). Para Elsa Blair, investigadora de la Universidad de Antioquia:

“En términos de sus significaciones, encontramos que la masacre, con respecto a la ejecución misma de la muerte, es portadora de un grado excesivo de violencia, porque conlleva a niveles de crueldad y de sufrimiento asociados a la mutilación y la manipulación de los cuerpos. En efecto, el cuerpo es el símbolo de inscripción del horror, mediante mensajes cifrados, en esta forma de asesinar” (Blair: 2003: 40).

PERTINENCIA DE SEGUIR PENSANDO ESTE PAÍS: LA DISCUSIÓN ACADÉMICA NO SE CIERRA. A MODO DE CONCLUSIONES

Es importante señalar que la recuperación de la historia no es un asunto de “verdades” sino más bien una estrategia narrativa que toma forma de acuerdo con el momento histórico en el que se construye; en este sentido, el pasado aparece también como una proyección de deseos y como olvido sistemático. El relato de la memoria histórica de un grupo social juega un papel principal, pues el uso de la memoria es, sin duda, un fuerte recurso político (atención: también es un recurso “cultural”). Al hablar del “uso de la historia” se hace referencia a las políticas de la memoria, a la manera en la que el pasado es construido, narrado y utilizado por los distintos grupos sociales. La memoria se encuentra siempre filtrada por marcos sociales, de manera que en la narración de la memoria, emergen los significados compartidos.

Para Daniel Pécaut, entonces, a) los relatos individuales, relacionados con la experiencia de la violencia, no se inscriben en un relato más amplio; b) Los pocos relatos de conjunto de la violencia asumen la forma de mitos de la violencia (desde los años 50) que se sustraen ampliamente a la historia; c) Los “hechos” tienen un estatuto de realidad que no se deja insertar fácilmente en una historia con un significado.

Finalmente, en el trasfondo de las diversas memorias de las violencias que se evidencian en las voces de los colombianos de mayor edad, se encuentra siempre la violencia de los años 1945-1960. Además, prevalece en sus voces, la convicción de que se trata de una violencia que no está relacionada con actores específicos, sino que toma el aspecto de una fuerza bárbara que escapa al control de todo el mundo. Es decir, los hechos violentos no son siempre imputables a seres humanos e, incluso cuando lo son, se cargan a menudo en la cuenta de una “fuerza inhumana”, escondida detrás de los seres humanos, con lo cual se intenta dar expresión al acceso o a lo no representable. Algo así como “si tantas desgracias y muertes ha traído Dios a nuestro país, es porque algo de ello nos merecemos”. Como bien señaló Pécaut [2002: 78] el conjunto de los fenómenos de violencia no van a poder evitar desembocar en procesos traumáticos si hiciéramos el ejercicio de un proceso de paz exitoso, así como de un probable “post-conflicto”. Parecería -afirma este investigador- que más bien las dinámicas de violencia se estuvieran rutinizando y que una vez más el sistema colombiano es capaz de adaptarse a ellas o de absorberlas.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, Mario "Amnistías e indultos, siglos XIX y XX". En: Revista Credencial Historia, No. 137, mayo de 2001.

Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Gedisa. Barcelona, 1996.

Pecaut, Daniel. *Presente, pasado y futuro de la violencia*. En revista Análisis Político No. 30, enero- abril de 1997a.

Pecaut, Daniel. "De la violencia banalizada al terror: el caso colombiano". En: Revista Controversia No. 171. CINEP. Bogotá, 1997b.

Sánchez, Gonzalo . *Guerra, historia y memoria*. El Áncora Editores. Bogotá, 2002.

Uribe, María Victoria. *Matar, rematar y recontramatar*. Editorial Universidad de Antioquia. Medellín, 1990.

Waldman, Peter. *Cotidianización de la violencia: el ejemplo de Colombia*. Revista Análisis Político número 32, Iepri, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Sep. - Dic. 1997.